

“EL CRISTO DE LA PERA”

“Me pregunto -decía Picasso en 1926- si no debemos pintar las cosas como las conocemos, más bien que como las vemos.”

Los años veinte fueron para el arte un período de renovación, de ruptura con los modelos de épocas anteriores. Los artistas de vanguardia buscaban nuevas fórmulas, alejándose cada vez más de la mera reproducción de formas de la naturaleza. Pero el camino no era fácil, y con frecuencia, los intentos de salirse de la norma eran recibidos con suspicacia por el gran público, reacio, generalmente, a cambiar sus gustos.

El mismo año en que Picasso lanzaba su gran reto, se producía en Murcia un modesto intento renovador, una pequeña osadía que dos escultores, el santomerano Antonio Garrigós y el albaceteño-murciano Clemente Cantos, se propusieron llevar a cabo. Ambos habían fundado unos años antes, en el Paseo de Corvera, un taller de escultura que llamaban “Bellos Oficios de Levante”. Hasta ese momento, realizaban pequeñas esculturas de barro cocido y pintado, que habían tenido un notable éxito en la sociedad murciana, pero decidieron salirse de su tónica y ampliar sus objetivos: realizar una gran obra, una escultura que desfilaría en las procesiones de Semana Santa. Eligieron el tema del Cristo de la Humillación y lo concibieron de una forma muy dramática: encorvado por el peso de la enorme cruz, mirando hacia el cielo con un gesto de dolor incontenible; la boca entreabierta, el brazo dirigido hacia lo alto, colores muy apagados... en definitiva era una escultura que se salía de la norma, y la norma no era otra que la que doscientos años antes había impuesto Francisco



Antonio Garrigós -a la derecha- junto al dueño de la Yesería donde fue “almacenado” el Cristo de la Humillación.
-Foto cedida por la familia Garrigós-

Salzillo, sintonizando perfectamente con el gusto de esta tierra. Eran una tallas en madera que recogían distintos ingredientes sabiamente mezclados: la tradición napolitana, heredera de su padre, napolitano afincado en Murcia, y la gracia del barroco andaluz del siglo anterior, daban a su obra un carácter más grácil, menos macabro que otras imaginerías (la castellana, por ejemplo); una estética, en definitiva, un poco decadente, casi rococó.

Puede decirse que aún hoy es una fórmula válida; todavía algunos escultores de nuestra tierra mantienen viva esta tradición, y es fácil entender que, en 1927, año en que el Cristo de la Humillación desfilaba en la Procesión del Lunes Santo, la reacción de los murcianos fuera impredecible ante una escultura que rompía tan bruscamente con casi dos siglos de tradición. Bellos Oficios de Levante cedía su flamante obra a la Cofradía, y el día 9 de abril figuraba en el cuarto lugar de los siete "pasos" que componían la procesión, al tiempo que aparecía en la prensa un tratamiento notable del acontecimiento.

Pero a pesar de la buena acogida de la prensa murciana, al poco de salir a la calle, el Cristo de la Humillación empezó a ser polémico. La verdad es que el sistema de iluminación que se había empleado, quizás por las prisas de última hora, era un poco precario: una simple bombilla iluminaba la escena desde abajo, pero desde un ángulo muy visible al público, dando a la imagen un carácter todavía más tétrico. En seguida empezaron a oírse críticas, no exentas de gracia, que pretendían "cambiar" el nombre original del paso por el más sencillo e intencionado de "Cristo de la pera", aludiendo claramente a tan nefasto sistema de iluminación.

Era evidente que no había gustado, que la sorprendida Murcia no toleraba un cambio tan brusco. A los pocos días la figura era devuelta a sus autores en un irreverente carro de basura, y de inmediato almacenada en una yesería cercana al taller de donde había salido. Nada se dijo en la prensa de la época sobre esto, incluso se seguían publicando alabanzas y poemas al Cristo de la Humillación.

Tres años más tarde, el "Cristo de la Yesera", así conocido por los que conocían su ubicación, viajó con Garrigós -que ya trabajaba en solitario- a una exposición que junto a Luis Garay realizó en Barcelona. Allí despertó admiración "parece una figura escapada de un cuadro del Greco", se escribía en la Ciudad Condal.

Después de desfilas con innegable éxito en las procesiones de Tarragona, se sabe que el Cristo de la Humillación fue destruido en el transcurso de la Guerra Civil.

Antonio Hernández Valcárcel
Mayordomo de la Archicofradía de la Sangre.

=====
Ldo. en Historia del Arte. Autor de:
"El escultor Antonio Garrigós". Murcia 1983.